

*MITOLOGÍA*  
EDITH HAMILTON

EXTRACTO



## CUPIDO Y PSIQUE

*Esta historia sólo la ha contado Apuleyo, escritor latino del siglo II de nuestra era, por lo que se usan los nombres romanos de los dioses. Está narrada con elegancia, a la manera de Ovidio: el escritor se divierte con lo que escribe, pero no se cree una palabra.*

**H**abía una vez un rey que tenía tres hijas, todas muy hermosas, pero la más joven, Psique, destacaba tanto sobre sus hermanas que a su lado parecía una auténtica diosa relacionándose con simples mortales. La fama de su arrebatadora belleza se extendió por todo el mundo, y llegaban hombres de todas partes para admirarla con asombro y adoración, homenajéandola como si en realidad fuera de la raza de los dioses. Se decía que ni siquiera la propia Venus podría igualar a esa joven mortal. De hecho, tan enorme llegó a ser el número de los que veneraban a Psique que ya nadie se acordó más de Venus: sus templos quedaron abandonados, los altares cubiertos de cenizas frías y sus ciudades favoritas desiertas y en ruinas.

Todos los honores que habían sido para ella ahora se destinaban a una simple muchacha destinada a morir algún día. Como es de imaginar, la diosa no estaba dispuesta a que se la tratara así. Entonces, como siempre que tenía problemas, se dirigió a su hijo, el bello joven alado a quien unos llaman Cupido y otros Amor, contra cuyas flechas no hay defensa ni en el cielo ni en la tierra. Le contó sus penas y, como de costumbre, él le dijo que seguiría sus órdenes:

–Usa tus poderes –le ordenó ella entonces–, y haz que esa fresca se enamore locamente de la criatura más vil y despreciable que haya en el mundo entero.

Y así lo habría hecho, sin duda, si Venus no le hubiera mostrado primero a Psique, sin pensar en ningún momento –tal era la rabia de sus celos– que la belleza de la chica podría afectar incluso al mismísimo Dios del Amor. Pero, cuando Cupido la vio, fue como si le hubieran dispa-

rado una de sus propias flechas en el corazón. No dijo nada a su madre –de hecho, se había quedado sin palabras–, y Venus se marchó feliz, confiando en que pronto Cupido iba a provocar la perdición de Psique.

Sin embargo, lo que ocurrió no fue lo que ella suponía. Psique no se enamoró de ningún miserable: no se enamoró de nadie, sencillamente. Y, lo que es más raro, nadie se enamoró de ella. Los hombres se contentaban con mirarla, maravillarse y adorarla, y luego pasaban de largo y se casaban con otra. Sus hermanas, infinitamente inferiores a ella en belleza, se casaron espléndidamente, cada una con un rey. Psique, la más hermosa, se fue quedando triste y sola, sin amor. Parecía que ningún hombre la quería.

Todo esto resultaba de lo más preocupante para sus progenitores, por supuesto. Así que su padre decidió viajar hasta el oráculo de Apolo para pedirle consejo sobre cómo conseguir un marido para Psique. El dios le contestó, pero sus palabras fueron terribles. Cupido le había contado toda la historia y le había solicitado ayuda; por tanto, dijo Apolo, debían llevar a Psique, vestida del luto más riguroso, hasta lo alto de una montaña rocosa y dejarla sola allí, adonde iría a buscarla el esposo que le estaba destinado, una terrible serpiente alada, más fuerte que los mismos dioses, y la desposaría.

Es de imaginar el sufrimiento de todos cuando el padre de Psique volvió con estas tristísimas nuevas. Los padres la vistieron como si fueran a enterrarla, y la acompañaron hasta la montaña, más dolidos que si se dirigieran a la misma tumba. Pero Psique se armó de coraje.

–Deberíais haber llorado antes por mí –les dijo–, y por la belleza que me ha hecho atraer los celos del Cielo. Ahora marchaos, y sabed que estoy feliz de que el final haya llegado.

Desconsolados, todos se fueron, dejando a la bella criatura indefensa, dispuesta a enfrentarse a solas con su destino, y se encerraron en su palacio para llorarla durante el resto de sus días.

En la cima de la montaña, en la oscuridad, Psique se sentó y esperó que llegara algo terrorífico, no sabía qué. Allí seguía, temblando y llorando, cuando un suave soplo de aire le llegó en medio de la quietud, el aliento dulce de Céfito, el más grácil y ligero de los vientos, y sintió que se elevaba.

Flotando, fue alejándose de aquella montaña y luego descendió hasta quedar tendida en una pradera verde, blanda como un lecho y perfumada de flores. Se sentía tanta paz allí que Psique se olvidó de sus pro-

blemas y se quedó dormida. Despertó junto a un hermoso río en cuya orilla encontró una mansión imponente y magnífica, como construida por un dios, con columnas de oro, muros de plata y suelos con incrustaciones de piedras preciosas. No se oía ni un ruido, el lugar parecía desierto y Psique se acercó, abrumada ante la vista de tal esplendor. Se detuvo en el umbral, dudando, pero entonces unas voces llegaron a sus oídos. No podía ver a nadie, pero las palabras le llegaron con claridad: la casa era suya, le dijeron; debía entrar sin miedo, bañarse y descansar. Luego, se le serviría una mesa digna de un banquete.

–Somos tus sirvientes –dijeron las voces–, dispuestos a complacer todos tus deseos.

Psique nunca había disfrutado de un baño tan delicioso ni de unos manjares tan exquisitos. Mientras cenaba, sonaba a su alrededor una música encantadora: oía cantar a un gran coro acompañado por un arpa, pero no veía a nadie. Pasó todo el día sola, con la única compañía de las voces, pero de algún modo inexplicable tenía la seguridad de que con la llegada de la noche su esposo estaría con ella. Y así ocurrió. Cuando le sintió a su lado y oyó su voz susurrándole cosas dulces al oído, todos sus miedos se evaporaron. Aun sin verlo, sabía que no era ningún monstruo ni ser alguno de forma terrorífica, sino el amante y esposo por el que tanto había suspirado y esperado.

Aunque estar acompañada sólo a medias no la satisfacía del todo, Psique se sentía feliz y los días pasaban con rapidez. Una noche, sin embargo, su querido aunque invisible esposo le habló seriamente diciéndole que se acercaba un peligro, en la forma de sus dos hermanas:

–Van a la montaña donde desapareciste para llorar por ti –dijo él–, pero no debes permitir que te vean, o harás que una gran desgracia caiga sobre mí y tú misma te perderás.

Ella le dijo que no lo haría, pero todo el día siguiente se lo pasó llorando, pensando en sus hermanas y en que ella no podría consolarlas.

Todavía lloraba cuando su esposo llegó, y ni siquiera las caricias de él pudieron detener sus lágrimas. Finalmente, él se rindió con tristeza a lo que ella pedía:

–Haz lo que desees –le dijo–, pero estás buscando tu propia destrucción.

Entonces, le advirtió gravemente de que no se dejara convencer por nadie para verle, bajo pena de separarse ambos para siempre. Psique le

aseguró con vehemencia que nunca haría eso: prefería cien veces morir que vivir sin él.

–Pero dame esta alegría –le pidió–, la de ver a mis hermanas.

Con gran tristeza, él prometió que así lo haría.

A la mañana siguiente llegaron las dos, traídas desde la montaña por Céfiro. Psique las esperaba feliz y entusiasmada. Pasó largo rato antes de que fueran capaces de hablar: su alegría era tan grande que no podían sino llorar y abrazarse. Pero cuando finalmente entraron en el palacio y las hermanas mayores vieron sus tesoros sin par, cuando se sentaron ante el rico banquete y oyeron la maravillosa música, se apoderó de ellas una amarga envidia, y la agudísima curiosidad de saber quién era el señor de toda esa magnificencia y esposo de su hermana. Sin embargo, Psique cumplió su palabra: sólo les dijo que era un hombre joven, que se encontraba en ese momento en una expedición de caza. Luego, llenando sus manos de joyas y oro, hizo que Céfiro las llevara de nuevo a la colina.

Las dos mujeres se fueron sin protestar, pero con el corazón ardiendo de celos. Todo su bienestar y buena fortuna no parecían nada en comparación con los de Psique, y la ira de la envidia fue germinando en su interior hasta que llegaron a tramar cómo acabar con ella.

Esa misma noche, el esposo de Psique volvió a ponerla sobre aviso, pero ella no le escuchó cuando le rogó que no les permitiera volver. Psique le respondió que, ya que nunca podía verle a él, ¿tenía que privarse también de ver a todos los demás, incluso a sus hermanas tan queridas?

Él cedió de nuevo, y pronto volvieron las dos malvadas, esta vez con un plan cuidadosamente trazado.

Ellas ya se habían dado cuenta, viendo las respuestas vacilantes y contradictorias que les había dado Psique cuando le preguntaban por su esposo, de que nunca le había visto ni sabía cómo era. No le dijeron esto, pero sí le reprocharon que les ocultara su terrible situación a ellas, sus propias hermanas; habían averiguado, le dijeron, y lo sabían a ciencia cierta, que su esposo no era un hombre, sino la terrible serpiente que el oráculo de Apolo había afirmado que sería. Ahora se portaba bien, claro, pero con toda seguridad cualquier noche caería sobre ella y la devoraría.

Horrorizada, Psique sintió que el terror inundaba su corazón y ocupaba allí el lugar del amor. Se había preguntado tan a menudo por qué él nunca le permitía verlo... alguna razón horrible debía de haber. ¿Qué sabía de él en realidad? Si no era horrible mirarlo, entonces, ¿por

qué esa crueldad de impedirle que lo contemplara? Poseída por la pena, con la voz entrecortada y tartamudeando, Psique les dio a entender que no podía contradecirlas, porque sólo había estado con él a oscuras:

–Debe de haber algo muy malo –sollozó–, para que él rehuya la luz del día –y les rogó entonces que la aconsejaran.

Ellas ya tenían el consejo preparado de antemano. Esa noche, escondería un cuchillo bien afilado y una lámpara cerca de su cama. Una vez que su esposo estuviera totalmente dormido, debía salir del lecho, encender la lámpara y coger el cuchillo, con toda su fuerza de ánimo, y hundirlo rápidamente en el cuerpo del terrible ser que, con toda seguridad, se le aparecería a la luz.

–Estaremos cerca –le dijeron–, y te llevaremos con nosotras cuando esté muerto.

Y se fueron, dejando a Psique desgarrada por las dudas y sin saber qué hacer. Ella lo amaba, era su amado esposo..., no, era una horrible serpiente y lo detestaba. Lo mataría..., no, no lo mataría. Tenía que saber con certeza..., no, no quería certezas. Así pasó el resto del día, debatiéndose entre ideas enfrentadas. Sin embargo, cuando llegó la noche, había dejado de luchar. Estaba decidida a una cosa: a verle.

Cuando por fin él se quedó tranquilamente dormido, Psique reunió todo su coraje y encendió la lámpara. Se acercó de puntillas a la cama y, con la luz por encima de la cabeza, contempló lo que allí yacía. Oh, qué alivio y qué éxtasis llenaron su corazón: no apareció ningún monstruo, sino el más dulce y hermoso de los seres, ante cuya visión la misma lámpara parecía brillar aún más. Avergonzada por su estupidez y desconfianza, Psique cayó de rodillas y se hubiera clavado el cuchillo en su propio pecho si no se le llega a caer de las manos, que le temblaban. El mismo temblor que fue su salvación, resultó también su perdición: al inclinarse sobre él, embelesada de verlo, incapaz de negarse a sí misma el placer de llenarse los ojos con su belleza, una gota de aceite caliente de la lámpara cayó sobre el hombro de él, que se despertó entonces sobresaltado, vio la luz y de inmediato supo de la desconfianza de ella y la abandonó sin una palabra.

Ella corrió tras él en plena noche; no le veía, pero sí oía su voz. Él le dijo quién era, y se despidió de ella con tristeza:

–El amor no puede vivir donde no hay confianza –dijo, antes de huir de ella.

“¡El Dios del Amor!”, pensó ella. “Era mi esposo, y yo, miserable de mí, no confié en él. ¿Se ha alejado de mí para siempre? En cualquier caso”, pensó, sintiendo que recuperaba el valor, “puedo pasar el resto de mi vida buscándolo. Si ya no siente amor por mí, al menos yo puedo demostrarle cuánto le quiero”. Y comenzó su viaje. No tenía ni idea de adónde ir, sólo sabía que nunca dejaría de buscarlo.

Mientras tanto, él había acudido a los aposentos de su madre para que restañase su herida, pero, en cuanto Venus oyó su historia, supo que era a Psique a quien había elegido: lo dejó a solas con su dolor, y salió llena de ira a buscar a la muchacha que le había hecho sentir aún más celos. Estaba decidida a que Psique supiera lo que significaba caer en desgracia ante una diosa.

Y a todo esto, la pobre Psique vagaba desesperada, tratando de que los dioses se pusieran de su parte, rezándoles fervientes oraciones, pero ninguno quería dar un paso que lo enemistara con Venus. Finalmente, Psique se dio cuenta de que no tenía esperanza alguna, ni en el cielo ni en la tierra, y tomó una decisión desesperada: iría directamente a Venus. Se le ofrecería humildemente como sirvienta e intentaría aplacar su ira. “Y quién sabe”, pensó, “si él mismo no estará allí, en la casa de su madre”.

Así que se dispuso a encontrar a la diosa, que a su vez la estaba buscando a ella por todas partes.

Cuando Psique llegó a su presencia, Venus se rió a carcajadas y le preguntó con sorna si es que estaba buscando un esposo, porque el que tenía no quería ni oír ni hablar de ella, ya que había estado a punto de matarlo de una quemadura.

–Aunque lo cierto –siguió Venus–, es que eres tan ordinaria y poco agraciada que nunca conseguirás otro amante si antes no trabajas con diligencia y dolor. Te mostraré mi voluntad enseñándote a hacerlo –y tomó una gran cantidad de semillas de las más pequeñas (trigo, amapolas, mijo, etcétera), y lo mezcló todo en un montón–. Al caer la noche todo esto debe estar ordenado. Aplícate, por tu propio bien –y se fue sin más.

Una vez sola, Psique se quedó sentada muy quieta, mirando el montón; se había quedado paralizada por la crueldad de tal orden y no veía para qué empezar una tarea tan manifiestamente imposible. Pero ella, que no había despertado la compasión ni de dioses ni de hombres, halló en aquel momento de desesperación la piedad de las criaturas más minús-





*...esa noche, Psique escondería un cuchillo bien afilado y una lámpara cerca de su cama. Una vez que su esposo estuviera totalmente dormido, ella debía salir del lecho, encender la lámpara y coger el cuchillo...*



culas del campo, las hormiguitas, trabajadoras incansables, que se llamaron unas a otras: “Vamos, seamos clementes con esta pobre doncella y ayúdemosla ahora mismo”. De inmediato, empezaron a aparecer miles de hormigas en fila india, separando y dividiendo hasta que lo que había sido una masa confusa apareció ordenada, cada semillita con sus iguales.

Así se las encontró Venus al volver y, furiosa ante el espectáculo, dijo: –Tu trabajo no ha acabado en modo alguno.

Le dio a Psique un mendrugo de pan y le ordenó que durmiera en el suelo mientras ella se iba a su lecho suave y perfumado. Estaba segura de que si hacía trabajar a la muchacha sin descanso y la mataba de hambre, su odiosa belleza se marchitaría muy pronto. Hasta entonces, ella se ocuparía de que su hijo no saliese de sus aposentos, donde aún estaba recuperándose de la herida. Venus estaba encantada con el rumbo que iban tomando los acontecimientos.

A la mañana siguiente, maquinó otra tarea para Psique, una peligrosa esta vez:

–Allá abajo, junto a la orilla del río –le dijo–, donde están los arbustos más espesos, hay ovejas que tienen el vellocino de oro. Ve y tráeme esa lana reluciente.

Cuando la pobre chica llegó junto a la corriente, que fluía ligera, se apoderó de ella un deseo enorme de arrojarle al agua y acabar con sus penas. Pero, cuando se inclinaba sobre el cauce, oyó una vocecilla que venía del suelo, y al mirar hacia abajo vio que quien hablaba era un junco:

–No debes tirarte –le dijo–, la situación no es tan desesperada. La verdad es que estas ovejas son muy fieras, pero si esperas hasta que salgan de los arbustos por la tarde, cuando se van a tumbarse junto al río, en las zarzas encontrarás toda la lana de oro que quieras, la que se les queda enganchada allí.

Así habló el amable y gentil junco, y, siguiendo sus indicaciones, Psique pudo volver ante su cruel ama con una buena cantidad de lana dorada.

Venus exhibió entonces una sonrisa maléfica:

–Alguien te ha ayudado –le dijo bruscamente–, tú sola no hubieras podido hacerlo nunca. Sin embargo, te daré una oportunidad de demostrar que realmente tienes la resolución y la prudencia de las que pareces hacer gala. ¿Ves ese agua negra que cae de la montaña, allá lejos? Es el nacimiento del terrible río al que todos odian, el Éstige. Ve y llena esta jarra con ese agua.

Ésta era la peor de todas las tareas, como vio Psique en cuanto se acercó a la cascada; para llegar hasta el agua, hacía falta tener alas, tan pendientes y resbaladizas eran las rocas y tan espantosa la corriente. Pero, a estas alturas, ya debe de ser evidente para los lectores de esta historia (como quizá, en el fondo de su corazón, lo era ya para Psique misma) que, aunque cada una de las pruebas parecía imposible de tan difícil, a ella siempre se le brindaba algún medio excelente para superarla. Esta vez vino en su rescate un águila, que posó sus grandes alas junto a ella, tomó la jarra con el pico y se la devolvió llena del agua negra.

Y aun así, Venus no se rindió –no se puede sino acusarla de cierta estupidez. Todo lo que ya había ocurrido no le causó más efecto que el de hacerle intentarlo de nuevo: le dio a Psique una caja que tenía que llevar al inframundo para pedir a Proserpina que se la llenara con un poco de su belleza; tenía que decirle que era para Venus, a quien le hacía mucha falta porque estaba ajadísima de cuidar a su hijo enfermo. Como siempre, Psique obedeció y salió en busca del camino que conducía al Hades. Pasó por una torre que le sirvió de guía, dándole instrucciones precisas sobre cómo llegar al palacio de Proserpina: primero, atravesar un gran agujero en la tierra, bajar luego hasta el río de la muerte, donde debía darle al barquero, Caronte, una moneda para que la cruzara. Desde allí, el camino la conducía directamente al palacio. Cerbero, el perro de las tres cabezas, guardaba las puertas, pero, si le daba un dulce, se volvería bueno y la dejaría pasar.

Todo ocurrió como la torre había dicho, por supuesto. Proserpina se mostró encantada de hacerle un favor a Venus y Psique, muy animada, volvió a subir con la caja, aún más rápido de lo que había bajado. Pero ella misma se puso su siguiente prueba, con su curiosidad y, peor aún, su vanidad; sintió la necesidad de ver qué era aquel hechizo de belleza que llevaba en la caja, y quizá de ponerse un poco. Sabía tan bien como Venus que todo lo que estaba pasando no le estaba haciendo ningún bien a su aspecto, y no olvidaba que en cualquier momento podía encontrar de nuevo a Cupido. ¡Ojalá pudiera ponerse más bella para gustarle! Incapaz de resistir la tentación, abrió la caja pero, para su gran decepción, no vio nada en su interior: parecía vacía. De repente, una languidez como de muerte la dominó y cayó en un profundo sueño.

Y en ese crítico momento, el mismo Dios del Amor entró en escena; para entonces, Cupido ya estaba recuperado de la herida, y echaba de

menos a Psique. Mantener encerrado al Amor no es cosa fácil: Venus había cerrado la puerta, pero había ventanas. Cupido no tenía más que volar y empezar a buscar a su esposa. Psique estaba tendida muy cerca del palacio, así que la encontró de inmediato; en un instante, le limpió el sueño de los ojos y lo guardó de nuevo en la caja. Luego, la despertó con una punzadita de una de sus flechas y, tras reñirla un poco por curiosa, le ordenó que llevara la caja de Proserpina a su madre, asegurándole que todo iría bien de entonces en adelante.

Mientras Psique, feliz, se apresuraba a acabar la tarea, el dios subió hasta el Olimpo volando. Quería asegurarse de que Venus no les daría más problemas, así que se fue directamente al mismísimo Júpiter, el Padre de los Dioses y los Hombres, que consintió inmediatamente en todo lo que Cupido le pidió.

—A pesar de que tú me has hecho mucho daño en el pasado —le dijo—, perjudicando seriamente mi buen nombre y mi dignidad, haciendo que me convirtiera en toro, en cisne..., aun así, no puedo negarte nada.

Entonces, convocó una asamblea de dioses y les anunció a todos, Venus incluida, que Cupido y Psique estaban formalmente casados, y a continuación se ofreció a convertir en inmortal a la esposa. Mercurio llevó a Psique al palacio de los dioses, y Júpiter mismo le dio a probar la ambrosía que la haría inmortal. Esto, como es lógico, cambió la situación por completo: Venus ya no podía poner objeciones a una nuera que era diosa, así que el matrimonio se había vuelto de lo más conveniente. Sin duda, también influyó la idea de que ahora Psique viviría en el cielo con un marido e hijos a los que atender, y no podría pasar demasiado tiempo en la tierra atrayendo la mirada de los hombres y distrayéndolos de adorar a Venus.

Y así todo llegó a un final feliz. El Amor y el Alma (pues eso es lo que significa Psique) se habían buscado y, tras dolorosas pruebas, se habían encontrado. Y esa unión nunca podrá romperse.

